

PABLO NERUDA,

HEMOS PERDIDO AON,

Hemos perdido aun este crepúsculo.  
Nadie nos vio esta tarde con las manos unidas  
mientras la noche azul cafa sobre el mundo.

He visto desde mi ventana  
la fiesta del poniente en los cerros lejanos.

A veces como una moneda  
se encendfa un pedazo de sol entre mis manos.

Yo te recordaba con el alma apretada  
de esa tristeza que tú me conoces.

¿Entonces, dónde estabas?  
¿Entre qué gentes?  
¿Por qué se me vendrá todo el amor de golpe  
cuando me siento triste, y te siento lejana?

Cayó el libro que siempre se toma en el crepúsculo  
y como un perro herido rodó a mis pies mi capa.

Siempre, siempre te alejas en las tardes  
hacia donde el crepúsculo corre borrando estatuas.

## II. LA NARRATIVA.

En la evolución de las formas literarias, durante los tres últimos siglos, destaca como fenómeno de capital magnitud el desarrollo y la creciente importancia de la novela. Extendiéndose continuamente el dominio de su temática, interesándose por la psicología, por los conflictos sociales y políticos, y ensayando sin cesar nuevas técnicas narrativas y estilísticas, la novela se ha transformado en los últimos siglos, en la forma de expresión literaria más importante y compleja de los tiempos modernos. De narrativa de entretenimiento, sin grandes ambiciones, la novela se ha convertido en estudio de las relaciones humanas, en reflexión filosófica, en reportaje, en testimonio polémico.

Del número incalculable de novelas publicadas desde el siglo XVIII, sólo sobrevive una fracción reducida, lo cual demuestra la dificultad elocuente de este género literario. Durante el imperio napoleónico, se publicaron anualmente en Francia cerca de cuatro mil novelas; de esta producción novelística sólo alcanzaron la inmortalidad Adolphe, de Benjamín Constant y las novelas cortas de Chateaubriand (René, Atala)

...

La novela es una forma literaria relativamente moderna. Aunque en Grecia y Roma aparezcan obras narrativas de interés literario —algunas particularmente valiosos, como el Satiricón de Petronio, precioso documento de sátira social—, la novela no tiene raíces greco-latinas, a diferencia de la tragedia, de la epopeya, etc., y puede ser considerada como una de las más ricas creaciones artísticas de las literaturas europeas modernas. Aunque relacionada con los cantares de gesta, la novela medieval se distingue de estas composiciones épicas, tanto por elementos formales como por elementos de contenido: el cantar de gesta era cantado, mientras que la novela estaba destinada a ser leída; el cantar de gesta cuenta la empresa, la hazaña de un héroe, y tiene carácter esencialmente narrativo, mientras que la novela se ocupa de la aventura de un personaje a través del mundo variado y misterioso.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

rioso, y presenta un carácter lírico-narrativo.

La novela medieval está arraigada en la tradición cortés, y presta especial atención a los temas amorosos. Así aparecieron en las literaturas europeas medievales extensas composiciones novelescas, frecuentemente en versos, inspirados algunas veces por acontecimientos y figuras de la historia antigua.

La literatura narrativa medieval no se circunscribe a la novela y cobra particular relieve la novela corta, designación de origen italiano (de novella, "novedad", "noticia"), narración breve, sin estructura complicada, opuesta a descripciones largas y viva en el diálogo. La novela corta alcanzó gran apogeo en la literatura italiana.

La novela sigue desarrollándose y afirmándose durante el Renacimiento, con obras como las de Rabelais — Gargantúa y Pantagruel —, narraciones fantásticas y al mismo tiempo realistas, en que el autor se ocupa de problemas sociales, pedagógicos, filosóficos, etc., y éste es el motivo de que Rabelais trascienda al mero propósito de unir una trama más o menos sorprendente y emocionante. La novela pastoril y sentimental cobró gran boga en el período renacentista. Es en el siglo XVII, en pleno dominio del barroco, cuando la novela experimenta una proliferación extraordinaria. La novela barroca, relacionada con la novela medieval, se caracteriza en general por la imaginación exuberante, por la abundancia de situaciones y aventuras excepcionales e inverosímiles: naufragios, duelos, raptos, confusiones de personajes, apariciones de monstruos y gigantes. El público devoraba esta literatura novelesca, y tenía gran interés por las narraciones de aventuras.

En el concierto de las literaturas europeas del siglo XVII, la española ocupa lugar cimerio en el dominio de la creación novelesca. El Don Quijote de Cervantes, especie de anti-novela centrada sobre la crítica de las novelas de caballería, re-presenta la sátira de ese mundo novelesco, quimérico e ilusorio, característico de la época barroca, y asciende a la categoría de eterno y patético símbolo del conflicto entre realidad y apariencia, entre ensueño y materia vil. A la literatura española del siglo XVII, se debe también la novela picaresca,

ca, cuyo origen se remonta a la famosa vida del Lazarillo de Tormes (1554), de autor anónimo. La novela picaresca, a través de numerosas traducciones e imitaciones, ejerció gran influjo en las literaturas europeas, y encaminó el género novelesco hacia la descripción realista de la sociedad y de las costumbres contemporáneas. Este es el significado de la novela picaresca que en la historia de la novela trasciende, por esta lección de realismo. El pícaro, por su origen, por su naturaleza y por su comportamiento, es un anti-héroe, un destructor de los mitos heroicos y épicos, que anuncia una nueva época y una nueva mentalidad. En su rebeldía, en su conflicto radical con la sociedad, el pícaro se afirma como individuo que tiene conciencia de la legitimidad de su oposición al mundo y se atreve a considerar, contra las normas vigentes, su vida mezquina y miserable como digna de ser narrada.

Es importante y significativo comprobar, que la novela moderna no se constituye sólo a base de la disolución de la narrativa puramente imaginaria del barroco, sino también a base de la descomposición de la estética clásica. La novela, como ya quedó expuesto, es un género sin antepasados ilustres en la literatura greco-latina, y por consiguiente, sin modelos que imitar ni reglas a qué obedecer. Es innegable que la novela, hasta el siglo XVIII, constituye un género literario desprestigiado en todos los aspectos, puesto que estaba considerada como una obra frívola, cultivada por espíritus inferiores y apreciada por lectores poco exigentes en materia de cultura literaria.

La novela medieval, renacentista y barroca, se dirige fundamentalmente a un público femenino, al que ofrece motivos de entretenimiento y evasión. Aparte de su situación inferior en el plano puramente literario, la novela era considerada aún como peligroso elemento de perturbación pasional y de corrupción de las costumbres; por eso los moralistas, y hasta los poderes públicos, la habían condenado ásperamente. Esta actitud de desconfianza y animadversión de los moralistas frente a la novela se prolongó, en varias formas, durante los tiempos modernos. El público se había cansado del carácter fabuloso de la novela y exigía de las obras narrativas más verosimilitud y más realismo. Ahora bien, la novela cor-

ta, que ofrecía desde hacía tiempo estas cualidades de verosimilitud y apego a lo real, ganó progresivamente el favor del público, alargó notablemente su extensión, llegando a ser uno de los vehículos más adecuados de la sensibilidad melancólica. En las primeras décadas del siglo XIX, el público de la novela se había ampliado desmedidamente y, para satisfacer su necesidad de lectura, se escribieron y se editaron numerosas novelas. La llamada novela negra o de terror, repleta de escenas téticas y melodramáticas, tuvo gran aceptación a fines del siglo XVIII y en las primeras décadas del XIX, constituyendo una de las formas novelescas más apreciadas. La novela folletinesca, invención de las primeras décadas del siglo XIX, constituyó igualmente una manera hábil de responder al apetito novelesco de las grandes masas lectoras, caracterizándose, en general, por sus numerosas y descabelladas aventuras, por el tono melodramático y por la frecuencia de escenas emocionantes.

Con el romanticismo, la narrativa novelesca se afirmó decisivamente como una de las grandes formas literarias, apta para expresar los múltiples aspectos del hombre y del mundo ya como novela psicológica, confesión y análisis (Adolphe, de Benjamín Constant), ya como novela histórica, resurrección e interpretación de épocas pretéritas (novelas de Walter Scott, Víctor Hugo, etc.), ya como novela poética y simbólica (Aurélis, de Gérard de Nerval), y como novela de análisis y crítica de la realidad social contemporánea (novelas de Balzac, Charles Dickens, George Sand, etc.). La novela asimiló diversos géneros literarios, desde el ensayo y las memorias, hasta la crónica de viajes, mostrándose apta tanto para representación de la vida cotidiana, como para la creación de una atmósfera poética o para el análisis de una ideología.

El siglo XIX es innegablemente considerado como el período más esplendoroso de la historia de la novela. Después de las fecundas experiencias de los románticos, se sucedieron, durante toda la mitad del siglo XIX, las creaciones de las grandes muestras de la novela europea. Forma de arte ya madura, que disponía de un vasto auditorio y disfrutaba de un prestigio creciente, la novela domina la escena literaria. Con Flaubert, Maupassant y Henry James, la composición de la novela adquiere maestría y rigor desconocidos hasta entonces; con Tolstoi

y Dostoiévski, el mundo novelesco se ensancha y enriquece con experiencias humanas, con los realistas y naturalistas, en general, la obra novelesca aspira a la exactitud de la monografía, del estudio científico de los temperamentos y de los ambientes sociales. En vez de los personajes altivos y dominantes, sobresalientes en el bien o en el mal, en la alegría o en el dolor, característicos de las novelas románticas, aparecen en los realistas personajes y acontecimientos triviales y anodinos, extraídos de la rutina de la vida.

Al declinar el siglo XIX y en los primeros del XX, comienza a gestarse la crisis y la metamorfosis de la novela moderna con relación a los modelos, considerados como "clásicos", del siglo XX: aparecen las novelas de análisis psicológico de Marcel Proust y de Virginia Woolf; James Joyce crea sus grandes novelas de dimensiones míticas, construidas en torno a las recurrencias de los arquetipos (Ulises y Viaje a Finnegans); Kafka da a conocer sus novelas simbólicas y alegóricas. Se renuevan los temas, se exploran nuevos campos del individuo y de la sociedad, se modifican las técnicas de narrar, de construir la trama, de presentar los personajes.

Se inicia la novela neorrealista, la existencialista, la nueva novela. La novela en fin, no cesa de revestir formas nuevas y de expresar nuevos contenidos, en una singular manifestación de perenne inquietud estética y espiritual del hombre. Algunas críticas, aseguran que la novela actual, se aproxima a su declive y agotamiento, pero existe un hecho indiscutible y es que: la novela sigue siendo la forma literaria más importante de nuestro tiempo, por las posibilidades que ofrece al autor y por la difusión e influjo que logra entre el público.

Existe una clasificación tipológica de la novela que es la siguiente:

Novela de acción o de acontecimiento.- Se caracteriza por una intriga concentrada y fuertemente perfilada, con principio, medio y fin bien estructurados. La sucesión y el encañamiento de las situaciones y de los episodios ocupan el primer plano, quedando relegados a lugar muy secundario el análisis psicológico de los personajes y la descripción de los ambientes. Ejemplo de este tipo de novela las de Walter